

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

Año VI

San Salvador, Centro América — Agosto de 1951

No. 52

LUCES DE GUIA

Todas las Religiones son Buenas...?

Hace algún tiempo apareció en un Diario Capitalino (Prensa Gráfica, lunes 4 de junio de 1951), un editorial desorientador en sumo grado. Dicho artículo de por sí nos lleva a sacar consecuencias inesperadas y completamente opuestas a lo que, al parecer, se pretendía conseguir. Era un artículo en el que se abordaba una cuestión delicada y peligrosa: la necesidad de una religión. El autor no especificaba más. De esta afirmación general e indeterminada, el lector puede sacar la consecuencia de que, por lo visto, es indiferente el profesar éste o aquel credo religioso; que lo mismo da creer en la palabra de Cristo o admitir la filosofía de Confucio; que es indistinto seguir la anchurosa moral mahometana o afiliarse a cualquiera de las sectas protestantes derivadas de la doctrina de Lutero. Lo fundamental es, según él, tener una religión, sea la que fuere.

La ocasión para escribir aquel editorial desconcertante se la dió el espectáculo siempre encantador que nos ofrecen los niños y niñas cuando, puros como ángeles y sencillos como palomas, se acercan a recibir por primera vez el Pan de los Angeles. Se ve que la presencia de estos angelicales niños en los comulgatorios de las iglesias, o desfilando después por las calles y plazas llenos de candor y de inocencia, le causó al editorialista de la prensa una gratísima impresión y le produjo un efecto reconfortante. Veía en estos ritos religiosos de la Iglesia, o quizás mejor, en el fondo de lo que esas augustas ceremonias significan, un medio efficacísimo para regenerar a la sociedad moderna, para sacarla del fango en que yace, para inyectar en ella más respeto, más hermandad, más caridad.

Después, impresionado por aquel espectáculo simpático y encantador, pasa a deducir la tesis absurda y desorientadora de que para elevar al hombre moral y espiritualmente, es necesario tener una religión.

Una vez asentada con tanto énfasis esta tesis confusa e impremeditada, no hay duda de que la gente sencilla, y aun la culta en otras ciencias, pero ignorante, con harta frecuencia, en materia religiosa, puede sacar y sacará de hecho,

la errada y fatal consecuencia indicada antes: de que todas las religiones son buenas y aceptables. Por consiguiente es completamente indiferente la una o la otra. No hay por lo tanto ninguna religión privilegiada. Todas son buenas. Todas cumplen su fin.

Me permito ahora, copiar, al pie de la letra, un párrafo del editorial indicado para ver que no hay exageración en lo dicho hasta aquí: "...la misión moral de recoger en el seno de una religión a espíritus que necesitan orientación, una base para dirigir sus actos, para vivir en sociedad, y saber lo que es bueno y lo que es malo, lo permitido y lo vedado. La religión que adopte le dirá que al prójimo hay que respetar para que lo respete, en fin nos dará normas de conducta para vivir en armonía con los hombres que forman nuestro mundo, nuestra sociedad". En estas palabras citadas literalmente, se trasluce al hombre de buena voluntad, que, preocupado por el mal cariz que va tomando la vida social, desea orientar, dignificar y elevar a la sociedad. Para ello le recomienda una cosa buena: el culto y la moral de alguna religión. Mas al mismo tiempo ese párrafo, por desgracia, nos revela la escasa cultura religiosa del que lo ha escrito.

En primer lugar es lamentable el que se lancen a escribir de asuntos delicados y trascendentales gentes que, quizás en otras materias sean cultos y eruditos, pero que en el asunto religioso dan pocas muestras de su capacidad.

Dada la osadía e irresponsabilidad con que se debaten en la prensa cotidiana las cuestiones religiosas, parece privar el criterio general de que en los asuntos morales y religiosos puede romper lanzas cualquiera.

Es norma elemental para todo el que tenga un poco de pudor y responsabilidad, el no escribir de lo que no se sabe, o de lo que no se ha estudiado. Estas normas que ordinariamente se guardan cuando se trata de las ciencias humanas, se desprecian como si no tuvieran importancia, cuando se trata de la ciencia religiosa. Esto no dice bien con un escritor que se estime y aprecie. De lo que no se sabe no hay por qué escribir.

Para lanzar la rotunda afirmación hecha en el editorial citado, se supone que el que la hace conoce a fondo las religiones, y que ha hecho un estudio profundo y comparativo de todas ellas. Porque solamente después de un concienzudo estudio puede uno atreverse a exponer su opinión en materia de tanta importancia. ¿Lo ha hecho así el editorialista de la prensa? Porque si para lanzar su opinión de que todas las religiones sirven lo mismo se ha guiado únicamente por las apariencias, se expone a caer en lamentables errores. Las apariencias engañan con frecuencia, y muchas veces bajo un buen parecer se esconden realidades fatales. ¿Qué farmacéutico se atrevería a recomendar todas las medicinas de su almacén guiado únicamente por el color o forma de los frascos? Si las recomienda es porque las conoce. Pues apliquémonos la comparación.

Concedemos que en todas las religiones hay más o menos elementos aprovechables y de alguna utilidad para el mejor encauzamiento de la conducta del hombre, pero de ahí a sacar la consecuencia de que todas las religiones son útiles y buenas para que el hombre consiga su destino eterno, hay un abismo. ¿Qué duda hay de que en todos los sistemas sociales, aun en los más avanzados y extremos, hay cosas muy aprovechables para el mejoramiento social del obrero? Pero de esta verdad inobjetable, ¿quién se atreverá a sacar la descabellada consecuencia de que todos los sistemas, por el mero hecho de tener algo aprovechable, se pue-

den abrazar indiferentemente los unos o los otros? ¿Quién no ve en esto el error? Un sistema social para que pueda recomendarse como útil y honesto, todo él tiene que basarse en lo justo y en lo moral, y no basta que tenga algunos principios recomendables si el conjunto se basa en una filosofía materialista. Pongamos un ejemplo. ¿Por qué todo hombre sensato y racional debe rechazar los sistemas comunista y socialista? Porque, prescindiendo de las ventajas materiales que pudieran tener para el obrero, se basan ambos en una filosofía materialista, niegan toda espiritualidad, no admiten el derecho de propiedad, defienden la estatolatría, etc., etc.

Las mismas deducciones se han de sacar cuando se trae a discusión el asunto religioso. La Religión será aceptable cuando por su origen, medios y fin sea capaz de proporcionar al hombre la consecución de su fin último, de su destino eterno. Y jamás la recomendaremos porque tenga ciertas normas naturalmente buenas o porque profese ciertos principios útiles al bienestar social.

Y lo decimos paladinamente que la única religión capaz de cumplir este destino es la Iglesia Católica Romana.

No nos vamos a detener aquí a demostrar este aserto, porque no es éste el objeto de este guión. Además en otra parte de este mismo número se demuestra la veracidad de la Iglesia Católica.

Nuestro propósito es hacer ver que de la afirmación hecha por el autor del artículo citado se seguiría como lógica consecuencia, el indiferentismo religioso, herejía fatal de nuestros tiempos y del que tan graves consecuencias se están derivando para la sociedad.

El hombre en este mundo tiene que cumplir un destino, una finalidad completa y determinada. Este destino, preocupación inquietante de todo hombre que piensa, se lo ha impuesto Dios. Si quieres entrar en la Vida, guarda mis Mandamientos. Palabras de Jesucristo. Este es tu destino, la Vida eterna, la Vida verdadera y eterna. ¿La condición para conseguirla?: Los Mandamientos, código revelado por el mismo Dios primeramente a Moisés en el Sinaí, y confirmado después por la autoridad divina de Nuestro Señor Jesucristo.

El hombre por consiguiente, tiene la grave responsabilidad de averiguar cuál sea el verdadero camino que le conduce a este fin imprescindible. En otras palabras, tiene que averiguar cuál sea la verdadera religión revelada por Dios, y después de haberla averiguado, la tiene que abrazar. Obligación grave, por su objeto en primer lugar, que es conseguir la Vida Eterna, y después por las fatales consecuencias que, necesariamente, se seguirían, al perder la posesión de esa Vida.

"Este indiferentismo aplicado a la conducta es, según Balmes, insensato, pero erigido en sistema es absurdo: porque si es el colmo de la insensatez el marchar con los ojos vendados hacia un porvenir que no se conoce, es el mayor de los absurdos el sustentar que semejante proceder sea razonable. Y por razonable lo defienden cuantos se empeñan en persuadir que el hombre no debe curarse de la religión, ni investigar si hay alguna verdadera, ni cual sea ésta, sino prescindir de todas, o acomodarse a la del propio país, como cumpliendo con vaga ceremonia y solo para no desagradar a aquellos con quienes se vive. Es a cuanto puede llegar el extravío de la religión."

Esa posición indiferentista para con la religión es, según el mismo Balmes, peor que la de los irreligiosos por sistema y que la de los que abiertamente la atacan. "Porque el hombre que, siga copiando a Balmes, niega su verdad, que

disputa queriendo probar que es falsa, al menos se ocupa de ella: entretanto la examina, y andando el tiempo puede venir el día en que, o por medio de un libro o de la conversación con alguna persona sabia, quede desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la religión: pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado a imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera o falsa, este tal, como ni leerá, ni consultará sobre la materia, no saldrá jamás de su mal estado, y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo."

Tenemos que resolver por lo tanto el problema religioso. Y lo debemos resolver cuerda y racionalmente. Es el problema necesario por antonomasia. Es una insensatez monstruosa el dejar al acaso lo que más me importa. Con negar nuestro destino, no lo resolvemos. No porque cerremos los ojos ha de desaparecer la luz del sol o la oscuridad de la noche. En asunto tan trascendente conviene ser precavido. Y la precaución más sensata y segura es el indagar y buscar la verdad, y una vez encontrada, abrazarla con todas sus consecuencias. No todas las religiones son buenas. No hay más que una verdadera. Y tenemos elementos más que suficientes para distinguirla de las otras. Indaga, busca con buena voluntad, y encontrarás la Verdad.

B. M. S. J.

